

Siete visiones sobre la cumbre de la Tierra

EL MUNDO DESPUÉS DE JOHANNESBURGO

Sunita Narain*

La Conferencia sobre el desarrollo sostenible se ha terminado, y lo mejor que se puede decir sobre ella es que podría haber sido mucho peor. Al escribir estas líneas con pena y amargura por el idealismo de unos tiempos que no volverán, empiezo a darme cuenta de mi edad.

No estuve en Estocolmo en la primera conferencia mundial sobre el medio ambiente de 1972, pero tuve noticias de ella por mi colega Anil Agarwal. Eso fue antes de que problemas como el calentamiento global del planeta aparecieran en el radar, de manera que no había mucho que hablar todavía sobre cooperación global, y el Sur aun no tenía muy claro porque el medio ambiente debía considerarse un tema importante. Los brasileños todavía creían que el humo era «el signo del progreso» e Indira Gandhi definía la pobreza como «el mayor contaminador». Sin embargo, a pesar de esta falta de comprensión, Anil solía decir que existía una verdadera preocupación y un liderazgo global.

Estuve en la Conferencia de la Tierra de 1992, en Rio de Janeiro. Por aquel entonces, el movimiento ecologista ya había conseguido atrapar el interés público. Los problemas de la pérdida de biodiversidad y del agujero en la capa de ozono eran ya demasiado reales. Las negociaciones sobre el convenio del cambio climático empezaron a destacar la necesidad crítica de cooperación entre las naciones. Los países en desarrollo, aunque en un principio estaban poco dispuestos a colaborar, pronto se dieron cuenta de cuan importante era participar del proceso de negociación de las reglas del juego para que fueran reconocidas las responsabilidades diferenciadas de los distintos países. Pero, lo más significativo, es que en Rio había energía y vitalidad, nacidas de la esperanza y el idealismo del momento.

Pero en los tiempos en que se ha venido a celebrar la cumbre de Johannesburgo, *idealismo* se ha convertido prácticamente en una palabra soez, y las negociaciones han derivado en transacciones de negocios y en una mera manipulación de palabras. Si tu dices población, yo contesto consumo. Y es que, aunque había unas 20.000 personas en la conferencia, sus voces fueron acalladas. En parte mediante el diseño de la conferencia —cinco escenarios distintos para los eventos de la sociedad civil— que facilitó que las energías se disiparan.

Cuando llegamos a Johannesburgo, el borrador del documento a negociar —el plan de implementación— estaba repleto de paréntesis (que en el lenguaje de Naciones Unidas indican las partes del texto sobre las que no

Sunita Narain es directora de la revista *Down to Earth* y del *Center of science and environment* de Nueva Delhi. La versión original inglesa de este artículo se publicó en la edición de 30 de septiembre de 2002 de la revista *Down to Earth*. (Traducción de Jaume Blasco.)

hay acuerdo). Los negociadores se pasaron las noches trabajando frenéticamente para llegar a un consenso, y los activistas andaban ajetreados presionando a los negociadores para que introdujeran cambios en el texto. En este frenesí para ponerse de acuerdo en el lenguaje correcto, nadie pareció reparar en que el propio borrador estaba tan aguado que aun sacando todos los paréntesis, el documento consistía en poco más que un conjunto de objetivos difuminados y re-etiquetados —a veces incluso más diluidos que en convenios anteriores. A modo de ejemplo, con respecto al Convenio de Biodiversidad de 1992 el plan sólo se compromete a «reducir significativamente» la tasa de extinción de especies para el 2010.

Ahora me parece que esta conferencia estaba diseñada para fracasar y que la incompetencia de los organizadores no fue accidental. ¿Por qué? Pues simplemente porque el sistema multilateral se ha convertido en una «restricción innecesaria» para la nación más poderosa del mundo, los Estados Unidos. La debilitación de este sistema parece haberse convertido en un objetivo clave de la política exterior de este país. El plan consiste en cambiar el enfoque en problemas tales como el cambio climático, descuidándose de la responsabilidad global para centrarse en la gobernanza nacional, argumentando que la pobreza y la degradación ambiental tienen poco que ver con el comercio global o los sistemas financieros internacionales, sino que están motivadas por los corruptos e irresponsables gobiernos del Sur. El mismo argumento resulta conveniente para oponerse a la ayuda internacional, alegando que si no funciona es debido a los corruptos gobiernos nacionales, y promoviendo en su lugar el uso de fuentes de financiación privadas. Y en este proceso, se van trasquilando las agencias de Naciones Unidas, bien llevándolas a la bancarrota, bien destruyendo su credibilidad con fracasos tales como el de la conferencia del desarrollo sostenible.

La ayuda y la política exterior quedarán a partir de ahora en una sencilla propuesta de negocios —el fuerte contra el débil. Los ricos contra los pobres, operando negocios para su propio interés. Por este motivo los *partenariados* —entre corporaciones privadas y la sociedad civil— fueron la palabra de moda en la conferencia. Tampoco me parece accidental que la discusión clave en Johannesburgo fuera la subversión del acuerdo de Río —y, de hecho, la base del consenso global— de que los países tenían «reponsabilidades comunes pero diferenciadas» en la protección del medio ambiente. Un principio que ha sido la base de jurisprudencia —especialmente en las negociaciones clave sobre el cambio climático— en tanto que establece los términos del acuerdo entre el Norte y el Sur.

En esta charada, la Unión Europea, en lugar de intentar convertirse en un contrapeso a la acción de Estados Unidos, parece que también ha decidido apostar por el interés propio. Aun cuando en Johannesburgo jugó la carta verde —reclamando compromisos en energías renovables— se aseguró que su ataque más duro fuera dirigido contra el mundo en desarrollo, vinculando las relaciones comerciales a los estándares ambientales y laborales. Como resultado, la UE empujó a los países en desarrollo a los brazos de Estados Unidos. Obviamente, el G-77, un grupo de países en desarrollo que los incluye a todos, desde los productores de petróleo hasta las naciones desesperadamente pobres, no tenía una agenda pro-activa definida. Estos países estaban demasiado ocupados haciendo recuento de los daños sufridos, luchando entre la espada y la pared. Haciendo un balance final, no perdieron tanto como podían haber perdido. Llamadlo una victoria, si queréis.

Y ahora ¿qué debemos hacer? ¿mirar hacia otro lado? ¿aceptar jugar a este juego? ¿o esperar que aun seamos capaces de recuperar el idealismo de antaño? El veterano negociador y amigo mío Jurgen Maier encontró una acertada respuesta: pensar en Johannesburgo como el día después de unas elecciones perdidas. Parece el fin del mundo, hasta que piensas en las siguientes elecciones y empiezas a trabajar de nuevo.